

Podían seguirse dos caminos para marchar á París: el más largo, aunque menos molesto, costeano el litoral, por Tolón y Marsella; el más breve, pero más incómodo, especialmente á fines de invierno, por las montañas de la Provenza y el Delfinado. Napoleón había elegido de antemano el segundo, que no le obligaba á pasar por en medio de poblaciones hostiles, como el primero, y, además, le permitiría tal vez sorprender á sus adversarios. Púsose, pues, en marcha, repartiendo á su paso proclamas dirigidas al pueblo y al ejército, imputando las desgracias del Imperio á la traición. «Franceses, decía al pueblo: en mi destierro he oído vuestras quejas y vuestros votos; reclamáis el gobierno de vuestra elección, que es el único legítimo. He atravesado los mares; vengo á recobrar mis derechos, que son los vuestros». Su alocución al ejército era muy elocuente, aunque bastante enfática: «Soldados, concluía: ostentad la escarapela tricolor que llevabais en nuestras gloriosas jornadas. La victoria marchará á paso de carga; el águila, adornada de los colores nacionales, volará de campanario en campanario, hasta las torres de Nuestra Señora».

La columna imperial avanzó rápidamente atravesando Cannes y Grasse; el dos de Marzo llegó á la aldea de Cernon, situada á mil trescientos setenta y tres metros de altura; el tres pasó por Castellane; el cuatro entró en Digne, y el cinco estaba en Sisterón, donde los montañeses, exasperados con la insolencia de los nobles y las pretensiones de los sacerdotes, aclamaron al Emperador y llevaron á los soldados víveres, caballos y carretas. No habiendo sido defendidos por los realistas los desfiladeros de Sisterón y de Gap, ningún obstáculo natural separaba á Napoleón de la importante ciudad de Grenoble, en que había destacados varios regimientos y existía un gran depósito de armas y municiones. La suerte de la empresa iba á depender de lo que ocurriera delante de Grenoble, donde estaba de comandante militar el general Marchand, que juraba hallarse resuelto á acabar con «el bandido corso». Su primer pensamiento fué marchar contra el enemigo y batirle en campo raso; pero habiéndole hecho observar los oficiales que la actitud de las tropas era muy dudosa, decidió aguardarlo detrás de las fortificaciones, no sin enviar á La Mure una compañía de ingenieros y un batallón del quinto de línea, con orden de volar el puente de Ponthaut, en la esperanza de detener á los imperiales. Los ingenieros no ejecutaron las órdenes recibidas; dejando intacto el puente, y el batallón se replegó á alguna distancia, tomando posiciones entre alturas y pantanos. Napoleón se fué derecho á él. El comandante, notando síntomas alarmantes en sus tropas, quiso batirse en retirada; el Emperador, sin darle tiempo, se adelantó á pie, al frente de su reducida hueste: «Héle ahí, ¡fuego!» gritó fuera de sí el capitán Randon. Los soldados estaban lívidos; les temblaban las piernas; las armas les abrasaban las manos. Napoleón se detuvo al encontrarse al alcance de los fusiles de sus contrarios. «Soldados, les dijo con voz fuerte y tranquila; reconocedme». Después, avanzando todavía dos ó tres pasos y entreabiendo su redin-

gote, añadió: «Si hay entre vosotros alguno que quiera matar á su Emperador, puede hacerlo: vengo á ofrecerte á vuestros golpes». A estas palabras, sale de los pechos oprimidos el grito de ¡Viva el Emperador! Rómpanse las filas, los soldados arrojan al suelo las escarapelas blancas, alzan los chacós en las puntas de las bayonetas, se precipitan hacia Napoleón, le rodean, le aclaman y se arrodillan á sus pies. «Dentro de diez días, dijo el vencedor de Marengo, volviéndose hacia Drouot y Bertrand, estaremos en las Tullerías.»

Mientras tanto, el séptimo de línea, arrastrado por su coronel La Bedoyere, abandona á Grenoble, vitoreando á Napoleón. Marchand, desesperando de poder defender á Grenoble, cuyos habitantes alientan á los soldados á la defección, determina retirarse llevándose el resto de las tropas. No lo consigue. Más de dos mil campesinos, armados de horquillas y fusiles antiguos, se acercan, confundidos con los soldados de Napoleón, á la puerta de Bonne vociferando, ¡Viva el Emperador! Desde lo alto de las murallas les contestan con el mismo grito; el pueblo hace coro entusiasmado; los carreteros del arrabal de San José derriban la puerta manejando un enorme madero á manera de ariete, y Napoleón entra en Grenoble conducido en triunfo á través de las calles instantáneamente iluminadas. Al poco rato, un grupo de obreros deposita bajo el balcón del hotel de los Tres Delfines, donde el Emperador se había alojado, la puerta de Bonne hecha astillas: «A falta de las llaves de tu buena ciudad de Grenoble, te traemos la puerta,» le dicen.

Al presentarse á Napoleón, La Bedoyere le había dirigido estas palabras: «Vais á encontrar el país muy cambiado: tenéis que renunciar á vuestra antigua manera de gobernar.» El Emperador le respondió que sólo volvía para salvar los principios de la revolución y asegurar la libertad. En Grenoble todas las personas que fueron á saludar á Napoleón usaron el mismo lenguaje que la Bedoyere, aceptando aquél sin contrariedad aparente la nueva misión que le señalaban, la cual, por su parte, había presentido, tanto que, en una de sus últimas proclamas, hubo de emplear por primera vez, desde mil ochocientos cuatro, el término de «ciudadanos». Era harto hábil para no explotar las faltas de los Borbones y las locuras de los emigrados. Disponía ya de siete mil hombres, con los cuales tomó el camino de Lyon el día ocho, llegando á la populosa ciudad el diez: antes había expedido un mensaje á María Luisa, mandándole al general Bubna, que acaudillaba el ejército austriaco de Italia.

Al saberse en las Tullerías la noticia del desembarco, la agitación había sido extraordinaria. Reunióse en el acto el consejo de ministros, donde el mariscal Soult expuso que, habiendo escrito Talleyrand manifestando la conveniencia de situar un cuerpo de observación en la frontera italiana para tener en respeto á Murat y á los revolucionarios de la Península, iban treinta mil hombres hacia los Alpes. Todos se felicitaron de la coincidencia, y se decidió que el conde de Artois marchase á Lyon para tomar el mando en jefe de

las tropas reunidas ó que pudieran reunirse en aquellos lugares. Al día siguiente, se convocaron las Cámaras, anticipando la fecha de la legislatura para neutralizar el efecto de las promesas liberales de Napoleón, y se dictó un decreto declarando á Bonaparte traidor, rebelde, y ordenando á to los, militares, guardias nacionales y paisanos, «darle caza».

La clase media, intruída, rica, no menos celosa por la paz y el orden que amante de la libertad, aunque descontenta de los Borbones, se agrupó en torno suyo, temiendo el triunfo de Napoleón. En dos días, la renta bajó cinco francos, y los hombres inteligentes y previsores que figuraban en el partido constitucional no ocultaron su inquietud y su tristeza. Algunos de los ministros y el presidente de la Cámara, Lainé, hicieron grandes esfuerzos para volver á conquistar á la dinastía el favor de la opinión pública, y en las Cámaras y en la guardia nacional parisién, compuestas unas y otra de contribuyentes, era general la indignación contra Bonaparte. Pero en la mayoría de los departamentos, la gran masa popular, formada por los obreros de las ciudades y los campesinos, simpatizaba con la causa del fugado de Elba, olvidando, ante la impopularidad actual de los Borbones, los males sufridos bajo el Imperio, sin contar con que la campaña de mil ochocientos catorce, no obstante su éxito desgraciado, había restablecido en parte el prestigio napoleónico, desvanecido en mil ochocientos doce y mil ochocientos trece. En lo tocante á los soldados, unos daban rienda suelta á su alegría, gritando con entusiasmo ¡Viva el Emperador!; otros permanecían tranquilos, pero aun de estos opinaban los generales que «no era prudente poner á prueba su fidelidad». Los mariscales de Francia y casi todos los jefes de alta graduación en servicio activo, manifestábanse irritados, no perdonando á Napoleón que los colocara en la disyuntiva de hacer armas contra él ó de quebrantar el juramento de fidelidad prestado á Luis XVIII. Sus órdenes del día eran alocuciones furibundas, con que trataban de exaltarse á sí mismos. Sault decía que Bonaparte no era más que un aventurero; Jourdan le llamaba «enemigo público»; Ney, «bandido insensato»; Pacthod, «monstruo sediento de sangre»; Curto declaraba que quería «matarlo con su propia mano», y Ney prometía «conducirlo en una jaula de hierro», á creer á los realistas. El personal de estado Mayor revelaba en términos parecidos su adhesión á los Borbones; pero muchos coroneles y oficiales compartían los sentimientos de los soldados.

El conde de Artois había llegado á Lyon el ocho de Marzo, con el duque de Orleans. Los vecinos de aquella ciudad eran, en su mayoría partidarios de Napoleón, cuya política mercantil había favorecido el desarrollo de la industria lionesa, por la misma razón que arruinara al comercio de las grandes plazas marítimas, como Burdeos y Marsella. En Lyon mandaba el mariscal Macdonald, que así como se había mantenido fiel al Emperador hasta el último momento en mil ochocientos catorce, quería ahora sostener el nuevo gobierno y oponerse al restablecimiento del Imperio, hecho del que, en su buen sentido, sólo auguraba desgracias. En su virtud se preparó á la defensa; mas las tropas y los habitan-

tes demostraron tan claramente su hostilidad á los príncipes, que éstos abandonaron la población, siguiéndoles dos horas más tarde Macdonald, el cual escribió al ministro de la Guerra: «He salido de Lyon, mejor dicho, me he escapado, después de presenciar la defección del ejército, que se ha pasado á Napoleón, á los gritos de: ¡Viva el Emperador! gritos repetidos, desde el barrio de la Guillotiere hasta los muelles, por la multitud apiñada en ambas orillas del Ródano». Napoleón entró de noche en la segunda ciudad de Francia, donde le dispensaron un recibimiento verdaderamente triunfal. El pueblo le acompañó á su alojamiento y, en seguida, se desparramó por las calles, alumbrándose con antorchas y cantando la Marsellesa. En toda la noche cesaron las aclamaciones entusiasmadas y las imprecaciones amenazadoras contra los realistas; á los gritos de «¡Viva el Emperador!», se mezclaban los de: «¡Abajo los curas! ¡Mueran los realistas! ¡Al cadalso los Borbones!» «Parecía, escribe un oficial, que estábamos en vísperas de otro noventa y tres».

Detúvose el Emperador tres días en Lyon, y publicó varios decretos, disolviendo las Cámaras y ordenando la reunión del cuerpo electoral en París, para asistir á la consagración de la Emperatriz y del Rey de Roma, y modificar en sentido liberal las Constituciones del Imperio. Deseaba que no se dudase del próximo regreso de su mujer y de su hijo, tratando de hacer creer en la existencia de un acuerdo entre él y el Emperador de Austria. También ofreció de nuevo conservar la paz, respetando las condiciones estipuladas en el tratado de París. No dudando de que la fortuna tornaba á otorgarle sus favores, el día trece emprendió la marcha hacia la capital de Francia, tomando el camino de Borgoña, por serle conocido el espíritu anti-borbónico de esta región; y, en efecto, á su paso por ella saludáronle en campos y poblaciones con los gritos de ¡Viva el Emperador! ¡Abajo los nobles! ¡Abajo los curas! Napoleón no esperaba encontrar ya ningún obstáculo serio; sin embargo, causábale cierta zozobra lo que pudiera hacer Ney, que capitaneaba las tropas destacadas en la frontera oriental y estaba en el Franco Condado. Ney se había mostrado no menos opuesto que Macdonald á la restauración del Imperio, y aun suponiendo que no fuese exacta la frase que los realistas le atribuían, lo cierto es que, al partir de París, iba decidido á combatir enérgicamente á su antiguo jefe. Adoptó, pues, las disposiciones que estimó oportunas, y el día doce revistó sus tropas en Lons-le-Saulnier, arengándolas fogosamente contra Napoleón. Sus palabras fueron acogidas en medio de un silencio glacial. Supo después el levantamiento de las principales ciudades de Borgoña y de la Bresse, así como la sublevación de varios regimientos, y mal informado, llegó á persuadirse de que Napoleón estaba de acuerdo con Austria y que las potencias abandonaban la causa de los Borbones. Dando asenso á estas quimeras, consideró imposible luchar él sólo contra un movimiento secundado por el país y que, á su juicio, era consentido por el extranjero. En su vista, reunió las tropas para leerles una proclama, donde decía que la causa de los Borbones estaba perdida para siempre y que Napoleón, llama-

do por el pueblo, volvía á ocupar el solio imperial. Los soldados prorrumpieron en gritos de frenética alegría y los jefes aprobaron la resolución de Ney, haciendo constar que ponían sus espadas á disposición de Francia, no de ningún hombre, y que era preciso que el Emperador cambiase de conducta.

Mientras tanto, Luis XVIII, entregado á la inercia y á la pasividad, veía desenlazarse los sucesos como si en nada le afectasen. En las Tullerías, todo eran disputas y recriminaciones, y los consejeros y ministros del monarca no discurrían otra cosa, para conjurar el peligro, que confiar el ramo de guerra á Charke, en reemplazo del mariscal Soult. Hubo, sin embargo, un incidente, que reanimó por un instante el abatido espíritu de los realistas. Informado Fouché del desembarco de Napoleón, casi al mismo tiempo que Luis XVIII, resolvió precipitar el movimiento militar concertado en el mes de Febrero. Esta conjura no tenía carácter definido, como sabemos, y los principales de sus jefes proyectaban exigir sólidas garantías á Luis XVIII contra las maquinaciones de los *ultras*, y si se las negaba, proclamar al duque de Orleans; de aquí las esperanzas de los monárquicos. Algunos generales de las guarniciones del Norte estaban encargados de dirigir las sobre París; pero ocurrió que, si bien Drouet d'Erlón, que era uno de los más comprometidos, dió á sus tropas, siguiendo las instigaciones de Fouché, la orden de encaminarse á la capital, la llegada imprevista de Mortier, que ejercía el mando superior de la décimasexta división militar, le obligó á revocarla al día siguiente, y varios regimientos que ya habían emprendido la marcha debieron retrogradar, fracasando con esto, sin más consecuencias, la intentona.

Tratando el gobierno de arbitrar algunas medidas de defensa, ordenó que se concentrase un cuerpo de ejército entre la capital y Melún, y abrió banderines de voluntarios en París, confiando en que la juventud liberal acudiría á alistarse, porque sin ser muy adicta á los Borbones, aun los prefería á Napoleón. Algunos estudiantes se inscribieron. El diez y seis de Marzo, presentóse Luis XVIII á las Cámaras y pronunció un discurso hábil y elocuente, jurando mantener la Carta y recomendando la unión para combatir al portador de la guerra civil y la guerra internacional. Si el monarca hubiese dado antes este paso quizás hubiera contenido la invasora corriente imperialista; mas ya era tarde, y aunque los diputados, tanto de la izquierda como de la derecha acogieron bien á Luis XVIII y la clase media de París demostró su benevolencia, la guardia nacional, que si bien no veía con agrado la vuelta de Napoleón tampoco estaba dispuesta á batirse con los Borbones, no se alistó en los batallones móviles. Ney había llevado sus tropas al Emperador, y éste se aproximaba á la capital. Los regimientos mandados contra él se le unen: los aldeanos y campesinos le escoltan; las gentes de las ciudades le acompañan largo trecho; en fin, el día veinte por la mañana, entra en Fontainebleau, teatro de su caída. En el intervalo, los constitucionales intentaban un último esfuerzo para poner á

Lafayette al frente de la guardia nacional, y Benjamín Costant publicaba, en el *Diario de los Debates*, un violento artículo contra Napoleón. Todo fué inútil. A los Borbones no les quedaba más recurso que irse, y esto es lo que acordaron, discutiéndose si les convendría tomar el camino del norte ó el del oeste. Luis XVIII, pensando regresar á Inglaterra, su antiguo asilo, se decidió por el primero, y el día diez y nueve por la noche partió la familia real de las Tullerías, donde á las pocas horas flotaba la bandera tricolor. El audaz corso hizo su entrada en París el día veinte por la tarde, conduciéndole en brazos al palacio real los oficiales de reemplazo. Sus vaticinios estaban cumplidos.

Así se consumó aquella revolución, tan extraordinaria en la apariencia como fácil de explicar en el fondo. Napoleón no había tenido que vencer ningún obstáculo verdadero. Era después del triunfo cuando las dificultades y peligros iban á presentarse.